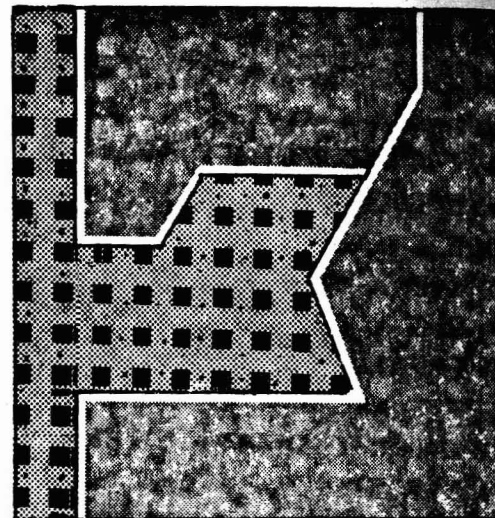


LA LUCHA DEL MAGO SENOSIRIS

Traducción de Florinda Díez



He aquí como ocurrieron las cosas: Un día en que el Faraón Usinares estaba sentado en la sala de Audiencias de su palacio en Menfis, con los príncipes, los jefes militares, los grandes señores y los altos funcionarios de Egipto, de pie ante él, cada uno de acuerdo con su rango, vinieron a decirle a Su Majestad: "Uno de esos condenados Etíopes acaba de llegar a Palacio. Pretende traer una carta sellada." Y siguiendo las órdenes del Faraón, lo condujeron a su presencia.

El etíope saludó y dijo: "¿Hay alguien aquí que pueda leer esta carta que traigo para el Faraón de Egipto, sin tocar el sello ni romperlo? Se trata de leer lo que está escrito en la carta sin abrirla. Si no encuentro un buen escriba o un sabio capaz de hacerlo, al regreso a mi país, la tierra de los Negros, proclamaré la inferioridad de Egipto."

Al oír aquellas palabras el Faraón y los príncipes no supieron ya ni dónde se encontraban y exclamaron:

"¡Por vida de Phtat, el dios grande! ¿Es posible que haya algún escriba o hechicero, por muy hábiles que sean en descifrar jeroglíficos o escrituras misteriosas, que pueda leer una carta sin abrirla?"

El Faraón tuvo una idea: "¡Que llamen a mi hijo Satni!" Corrieron y lo trajeron al instante. Se prosternó e hizo una gran reverencia, luego se puso en pie, respetuoso ante el Faraón, quien le dijo: "Satni, hijo mío, ¿has oído las palabras que ese condenado Etíope ha pronunciado ante mí? Ha dicho: ¿Hay en Egipto un buen escriba o un hombre instruido que pueda leer la carta que está en mi mano, sin romper el sello, y que sepa lo que está escrito sin abrirla?"

Al oír aquellas palabras, Satni ya no supo ni dónde se encontraba y replicó: "Mi gran señor, ¿quién sería capaz de leer una carta sin abrirla? No obstante, que me den diez días de plazo y veré lo que puedo hacer para evitar que en el país de los negros, esos devoradores de goma, se permitan hablar de la inferioridad de Egipto." El Faraón decretó: "¡Esos diez días le son acordados a mi hijo Satni!" Al Etíope le asignaron sus aposentos y se retiró a ellos, donde encontró alimentos y pasteles

preparados a estilo etíope. Después el Faraón levantó la Audiencia, con el corazón entristecido hasta más no poder, y se acostó sin comer ni beber.

Satni regresó a sus aposentos con la cabeza dándole vueltas. Se envolvió bien envuelto en sus vestiduras de pies a cabeza y se acostó contristado y apenado por su impotencia.

Fueron a contárselo todo a Mahi, su esposa. Esta fue al encuentro de Satni y pasó su mano bajo las vestiduras. Y dijo: "¡Satni no tiene fiebre, sus miembros están flexibles; su enfermedad no es más que tristeza de corazón."

Satni respondió: "¡Déjame, Mahi, hermana mía! Las preocupaciones que turban mi corazón no son cosas de mujeres." Al instante entró el pequeño Senosiris y se inclinó sobre Satni, su padre, y le preguntó: "Satni, padre mío, ¿por qué estás acostado con el corazón entristecido? ¡Permíteme que alivie tus penas!" Satni respondió: "¡Déjame, Senosiris, hijo mío! Eres demasiado pequeño para ocuparte de las preocupaciones que pesan en mi corazón." ¿Habría olvidado quizás su expedición al Amentit?

Senosiris insistió: "Dímelas para que pueda calmar tus congojas." Entonces Satni habló: "Hijo mío, es por causa de ese condenado etíope que ha venido a Egipto, trayendo con él una carta sellada diciendo: '¿Dónde está el que pueda leerla sin abrirla? Si no hay nadie capaz de leer de esta manera, regresaré a mi país, la tierra de los Negros, proclamando la inferioridad de Egipto.'"

Al instante mismo en que oyó estas palabras, Senosiris prorrumpió en grandes carcajadas.

Satni preguntó: "¿De qué te ríes?"

Respondió Senosiris: "Me río de verte postrado de esa manera, con el corazón lleno de turbación, por una causa tan pequeña. Levántate, Satni, padre mío, pues yo leeré sin abrir la carta traída hasta Egipto por ese negro; descifraré lo que está escrito sin romper el sello."

Oyendo estas palabras, Satni se levantó al momento y dijo: "¿Quién prueba la veracidad de lo que dices, Senosiris?" Senosiris replicó sin vacilar: "Satni, padre mío, ve a la planta baja de tu morada

y saca un libro a tu elección de la caja de barro cocido donde los guardan, y yo te diré de qué libro se trata, y lo leeré sin mirar, teniéndome ante ti, vuelto de espaldas.”

Satni se levantó lleno de ánimos y Senosiris hizo todo tal y como había prometido. Leyó todos los libros designados por su padre, sin abrirlos. Satni regresó a la planta baja más alegre que nadie en el mundo.

No tardó en reunirse con el Faraón y le contó cuanto había hecho su hijo Senosiris, y el corazón del Faraón se llenó de júbilo. Liberados de sus preocupaciones, pasaron el resto de la jornada bebiendo y divirtiéndose.

Al día siguiente por la mañana, el Faraón llegó a la sala de Audiencias, rodeado por sus nobles consejeros. Envió a buscar al condenado Etíope, quien fue conducido a la sala, en medio de la cual permaneció en pie, con la carta oculta bajo sus vestiduras.

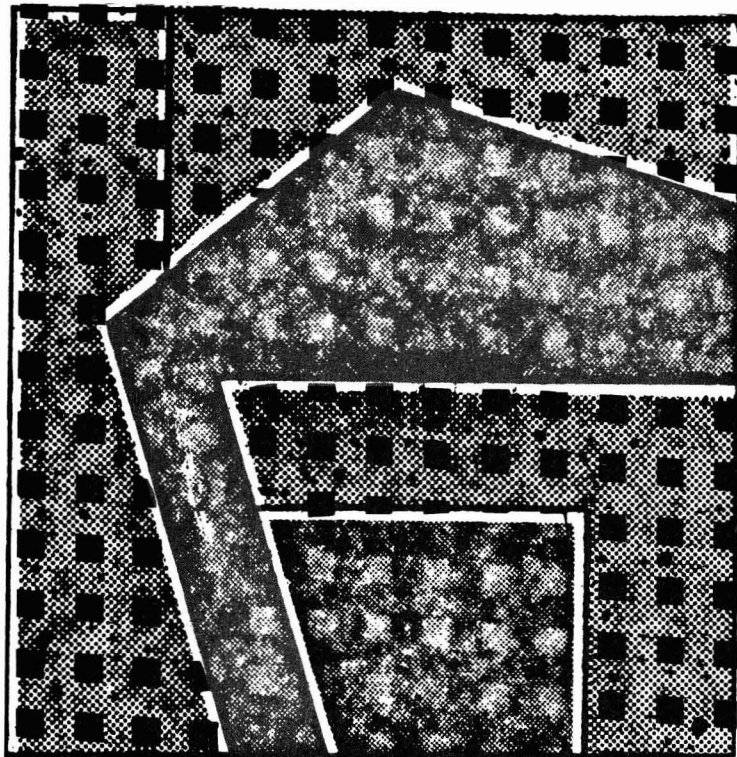
El pequeño Senosiris se colocó ante él y le apostrofó de esta manera: “¡Maldición sobre ti, Etíope, el enemigo que irrita a Amón, el dios grande! Has venido pues a Egipto, al apacible vergel de Osiris, la morada de Ra, y eres tú el que nos desafías diciendo:

“Regresaré a mi país, la tierra de los Negros, proclamando la inferioridad de Egipto” ¡Que la cólera de Amón recaiga sobre ti! Ante el Faraón, tu soberano, voy a recitar las palabras escritas en la carta que ocultas. ¡Guárdate de decir nada que no sea la pura verdad!”

Senosiris hablaba con tal autoridad, que el condenado Etíope, prosternado ante él, prometió decir la verdad y nada más que la verdad.

Entonces, ante el Faraón, ante los príncipes, los sacerdotes y los jefes reunidos, ante el pueblo egipcio que se había congregado para escucharle, Senosiris recitó el contenido de la carta sin omitir palabra.

Era una historia muy curiosa la que relataba aquella carta, una historia acontecida en tiempos del antiguo Faraón Simanú, olvidada desde entonces. En aquellos tiempos, los Etíopes detestaban ya a los



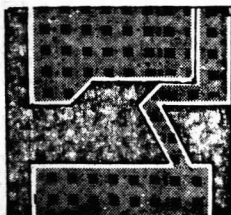
egipcios y no sabían qué inventar para ponerlos en ridículo y hacerles daño.

Tres hechiceros del país de los Negros se reunieron un día para maquinar sus proyectos.

“Yo —dijo el primero—, si Amón quisiera protegerme, de forma que el rey de Egipto no me maltratase, lanzaría sobre Egipto unos conjuros, sólo por mí conocidos, y el país quedaría hundido en las tinieblas durante tres días y tres noches, sin que la luz apareciera por parte alguna.”

El segundo dijo, entre otras cosas: “Si Amón quisiera preservarme de los malos tratos del rey de Egipto, lanzaría sobre Egipto mis maldiciones y sus campos permanecerían estériles durante tres años.”

El tercero dijo a su vez: “Si Amón quisiera ampararme contra toda desgracia y lograra que el rey de Egipto no pudiera hacerme daño, lanzaría contra Egipto mis conjuros y así podría transportar al Faraón al país de los Negros para hacerle administrar en público, ante nuestro rey, una tanda de



latigazos, quinientos al menos, y lo devolvería a Egipto en menos de seis horas."

El rey de Etiopía los oyó. Y le agradó la idea de que le entregasen al Faraón para azotarlo. Así es que llamó a los tres hechiceros y dirigiéndose al último que había hablado le dijo:

"¿Cómo te llamas?"

"Soy Nasi, el hijo de la Dama negra."

"Pues bien, Nasi, ejecuta tu prodigio, y por Amón, mi dios, que sabré protegerte y colmarte de bienes."

Nasi, el hijo de la Dama negra, puso manos a la obra. Fabricó con cera unas angarillas y cuatro portadores, recitó una fórmula mágica, sopló sobre ellos con fuerza, les infundió vida y después les ordenó:

"Váis a ir a Egipto, os apoderaréis del Faraón y lo traeréis en las angarillas ante vuestro rey. Le serán administrados en público quinientos latigazos y luego lo llevaréis de nuevo a Egipto. ¡ Todo eso en seis horas! ¡ Ni una más! "

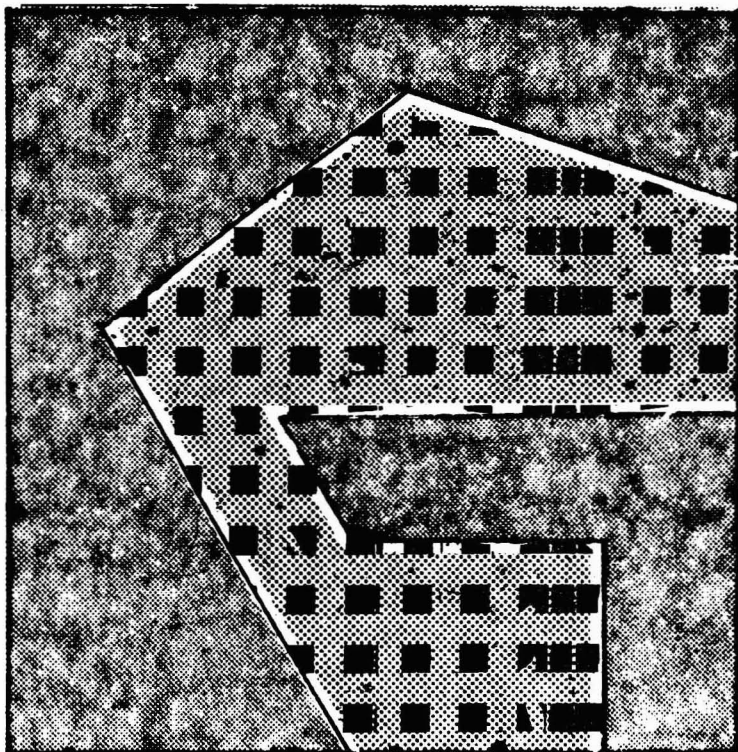
Ellos respondieron: "¡ Entendido! ¡ Así se hará! "

Dicho y hecho: los hechizos del etíope volaron a Egipto. Encontraron la manera de dominar a los seres benéficos que protegen a los hombres durante la noche, se adueñaron del Faraón Simanú, lo transportaron a la tierra de los Negros, y en presencia del rey y del pueblo, recibió una tanda de quinientos latigazos. Después de lo cual fue devuelto a Egipto. Todo eso en menos de seis horas.

A la mañana siguiente el Faraón Simanú se despertó con los riñones molidos por los golpes y les dijo a sus cortesanos:

"¿Qué es lo que pasaría anoche para que me forzaran a salir de Egipto?" Los cortesanos, desconcertados, se miraron los unos a los otros, temiendo que el rey se hubiese vuelto loco pues naturalmente nadie estaba al corriente del viaje mágico. Pero se contentaron con responder a Su Majestad:

"¿Qué quieren decir tus palabras, oh Faraón? Los dioses te protegen puesto que duermes en la cámara del templo de Horus. Estás ileso, nuestro gran Señor, e Isis, la gran diosa, calmará tu aflicción.

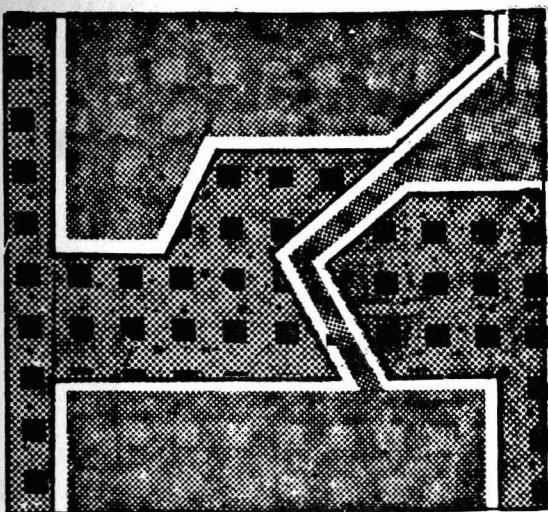


Entonces el Faraón se levantó y mostró a sus amigos sus espaldas heridas y añadió: "¡ Por vida de Phtat, el dios grande, que he sido transportado al país de los Negros durante la noche y me han administrado por lo menos quinientos latigazos, en público, delante del rey, y luego me han devuelto aquí, todo eso en menos de seis horas! "

Después de haber examinado la espalda del Faraón, los amigos se pusieron a lanzar grandes gritos. En medio de ellos se encontraba Panishi. Lanzó un grito más fuerte que los demás y dijo: "¡ Mi Señor, esos son hechizos de los Etíopes! ¡ Por tu vida y la de tu familia, que sabré castigarles! "

Una vez que hubo consultado con sus libros e invocado al dios Tot, el inspirador de los hechiceros, Panishi fabricó un hechizo poderoso para proteger al Faraón. Y cuando llegó la segunda noche, Nasi, el Etíope, pronunció en vano sus sortilegios pues le fue imposible arrancar al Faraón de la cama.

Advertido de todo lo que había pasado, Panishi



resolvió superarse y, a su vez, sus hechizos volaron hasta el país de los Negros para apoderarse del rey y transportarlo a Egipto, donde fue azotado aún más cruelmente que lo había sido el Faraón. Y la misma escena se reprodujo tres noches seguidas.

Furioso por ese percance, el rey de Etiopía mandó llamar a Nasi y le dijo amenazador:

“¡Por Amón, mi protector, puesto que tú eres la causa de mis humillaciones, trata ahora de librarme de los hechiceros de Egipto!”

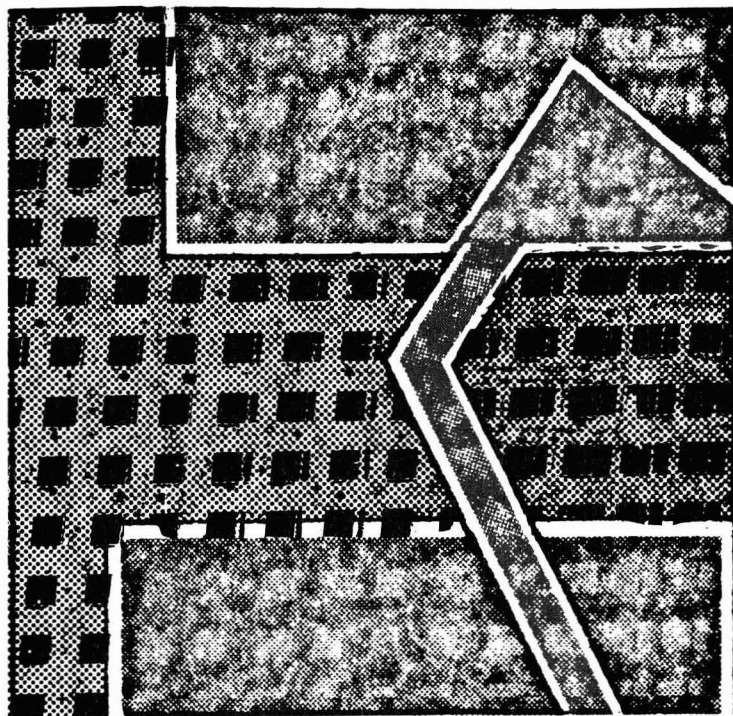
Nasi, para cumplir con éxito su cometido, decidió ir personalmente a Egipto para desafiar a su rival.

Cuando llegó a la sala de Audiencias y se encontró ante el Faraón, tomó la palabra y anunció en voz alta: “¿Quién se atreve a contender conmigo en magia, aquí mismo en la sala de Audiencias, en presencia del Faraón y a la vista de todo el pueblo egipcio? Los desafío a todos, ya sean los dos escribas de la Casa de la Vida, o solamente aquél de los dos que ha hechizado a mi rey y lo ha transportado hasta Egipto, bien a mi pesar!”

Entonces Panishi, quien justamente ocupaba su puesto en la sala de Audiencias, cerca del Faraón, respondió:

“¿No eres tú por ventura Nasi el Etíope? ¿No eres tú quien quiso en otros tiempos fascinarme en los vergeles de Ra y, sumergiéndote en el agua, te escapaste, dejándote llevar por la corriente bajo la montaña de Heliópolis? ¿No eres tú el que se ha permitido hacer viajar al Faraón, tu amo —puesto que la Tierra Entera le pertenece— y ha mandado que le muelan a golpes ante el rey de Etiopía? Y tienes el descaro de venir a Egipto para decir: “¿Quién se atreve a contender conmigo en magia?” Por la vida de Atumu, el señor de Heliópolis, los dioses de Egipto te han traído hasta aquí muy oportunamente. Puesto que estás aquí en su país y bajo su influencia, vas a recibir lo que te mereces. ¡Prepárate que allá voy!”

El Etíope, sin esperar a más, pronunció uno de sus sortilegios y una llamarada brotó en la sala de Audiencias. El Faraón y sus amigos lanzaron grandes gritos, llamando: “¡Auxilio, Panishi, ven a socorrernos!”

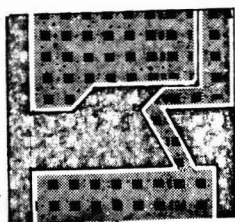


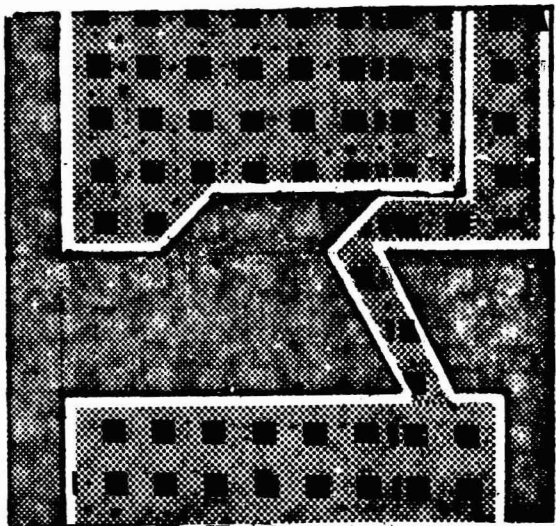
Panishi, a su vez, pronunció otro conjuro y del lado sur surgió una tromba de agua que extinguió la llamarada al instante.

Entonces el Etíope recurrió a otra operación mágica. Pronunció unas palabras y una nube inmensa apareció en la sala de Audiencias y cada uno dejó de ver a su hermano o a su acompañante. Pero Panishi recitó un conjuro y el viento barrió la nube.

Nasi intentó aún otra cosa. Murmuró otro encantamiento y la cúpula de piedra de doscientos codos de largo y más de cincuenta de ancho, se abatió sobre el Faraón y sus acompañantes, aislando a Egipto de su rey, a la tierra de su soberano. El Faraón, al mirar a lo alto y ver sobre su cabeza aquella masa de piedra, lanzó un enorme grito. Y el pueblo que estaba en la sala de Audiencias chilló de espanto viéndose así aprisionado.

También Panishi recitó otro conjuro e hizo aparecer una barca de papiro sobre la que hizo descender la cúpula de piedra. Y de esta manera cargada, la barca bogó hacia las grandes aguas de Egipto, ese





inmenso estanque que es el lago Moeris.

Nasi tuvo que darse por vencido.

Para escapar de la venganza intentó hacerse invisible. Pero Panishi le hizo aparecer bajo la forma de un enorme y feo ganso, tumbado patas arriba, con un cazador de pie a su lado dispuesto a matarlo.

Olvidando su orgullo, Nasi imploró su perdón: "¡Perdóname mis crímenes! ¡Dame una barca y me marcharé a mi país, abandonando Egipto!"

Pero Panishi, jurando por el Faraón y por todos los dioses de Egipto gritó: "¡No te dejaré escapar en tanto no me hayas prometido que no volverás por aquí jamás!"

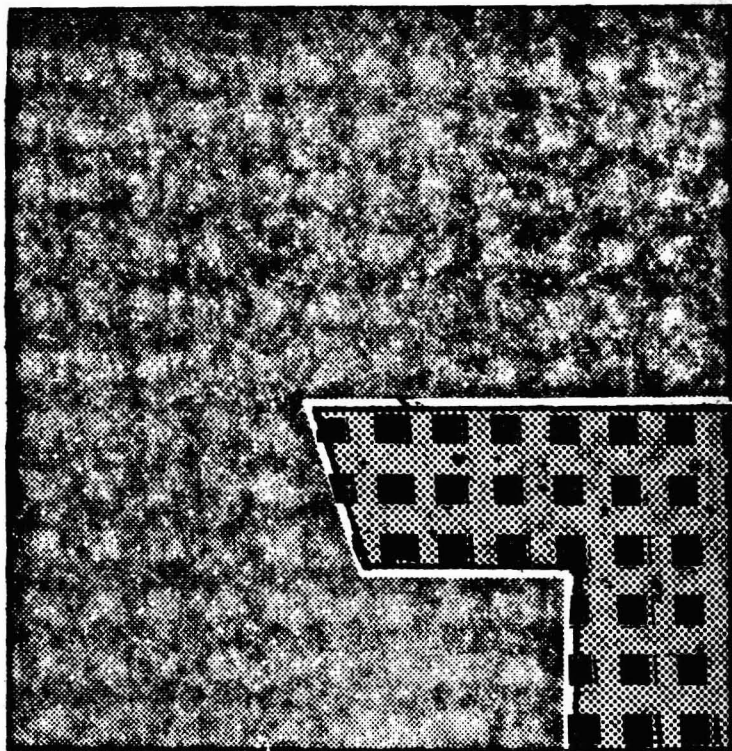
Nasi juró: "¡No volveré a Egipto hasta que no hayan pasado mil quinientos años!" Y entonces Panishi lo liberó del encantamiento y le dio una barca para regresar entre los suyos, a la tierra de los Negros.

Aquí Senosiris interrumpió su narración, y el Etíope, postrado a sus pies en el polvo, tuvo que reconocer que estaba de acuerdo, punto por punto, con todo lo que estaba escrito en la carta.

El Etíope hubiese querido escapar de buena gana, pues se daba cuenta que había encontrado al fin a su maestro, pero, con un gesto, Senosiris lo mantuvo en su sitio y dijo dirigiéndose al Faraón: "Ese que ves ahí confundido, ¡oh, rey! no es otro que Nasi, que vuelve después de transcurridos los mil quinientos años, para atormentarnos. Y por la vida de Osiris, el dios grande, dueño del otro mundo, ante quien voy a descansar, yo soy Panishi. Cuando vi en el Amentit, donde están todos los muertos, que este enemigo, el Etíope, iba a lanzar sus maldiciones contra Egipto, supliqué a Osiris para que me permitiese aparecer de nuevo en la tierra, a fin de impedirle proclamar la inferioridad de Egipto."

Osiris accedió a mi petición y he vuelto a la vida. Me convertí en hijo de Satni para aplastar con mis encantamientos ese condenado Etíope que véis aquí."

Y Senosiris (es decir, Panishi, bajo la forma de Senosiris) recitó otro texto mágico contra el condenado Etíope: lo envolvió en un gran fuego que lo fue consumiendo allí, en medio de la sala de



Audiencias, ante el Faraón y sus amigos y todo el pueblo de Egipto.

A continuación el mismo Panishi se desvaneció como una sombra y nadie lo volvió a ver nunca más.

El Faraón quedó altamente maravillado, así como los príncipes y todo el cortejo, por todas las cosas que habían presenciado en la sala de Audiencias y dijeron: "No ha habido ni habrá jamás un escriba más hábil y conocedor de su arte, ni sabio que iguale a Panishi."

Satni, acongojado, abrió la boca para lanzar un gran grito cuando vio que Senosiris había desaparecido como una sombra y no podría verlo nunca más. Cuando llegó la noche, se retiró a sus aposentos, con el corazón conturbado grandemente; su mujer Mahi le acogió e hizo todo lo posible para consolarlo. Pero Satni no se olvidó jamás de hacer ofrendas y libaciones ante la tumba de Panishi, pues no podía olvidarse de su pequeño Senosiris.

